

curioso *Alfabeto de la Ch*, todo lo cual supone garantía de éxito en la mediocridad general. La libertad que consiste en que cada uno diga y haga lo que le dé su real gana conduce a la disolución social, la anarquía y la guerra. Es lo que se vive en Colombia, en defensa de una libertad que promueve el odio mortal de todos contra todos.

Plagado de insultos, y concebido arteramente para calificar y acusar con ligereza y mala fe, este libro constituye también un delito.

J A I M E
J A R A M I L L O E S C O B A R

Pombo coronado

Rafael Pombo. La vida de un poeta

Beatriz Helena Robledo
Editorial Vergara, Bogotá, 2005,
316 págs.

Rafael Pombo. La vida de un poeta, es la primera gran biografía que se escribe del poeta bogotano que vivió entre 1833 y 1912. Y es un excelente libro escrito por Beatriz Helena Robledo, manizalita dedicada de lleno a la literatura como profesora y como escritora reconocida y premiada por sus trabajos pedagógicos y teóricos en una materia en la cual, en general, se ara más de la cuenta en terrenos estériles: la lectura.

El de Rafael Pombo es un grueso libro de 315 páginas que sostiene entretenida la imaginación del lector a punta de reconstruir una vida llena de desasosiego, desengaños políticos y participación (a veces directamente, a veces valiéndose de su influencia en la opinión pública) en pequeñas y grandes guerras; pero también llena de pequeños y perdurables triunfos personales, de retos en torno a la creación poética, la traducción y el interés por contribuir a sacar de la mezquindad un país mucho más provinciano de lo normal, aunque

estemos hablando de mediados y finales del siglo XIX.

La biografía se ha valido de un vasto acervo bibliográfico y de una inusitada pasión por este tal vez insondable personaje, para dar a la luz un libro meticuloso en los detalles que definen al escritor, partiendo de sus antepasados mismos (lo cual es vital para saber qué herencia intelectual recibe un personaje como Pombo), hasta su infancia, sus padres, su formación, sus amigos, sus viajes, sus amores, sus frustraciones. El amor al poeta, insuflado por las lecturas tempranas que recibió de su padre, hizo de ella, al igual, una gran admiradora de tan disímil personalidad, de su lucha inquebrantable, de sus aportes al arte del país y, por supuesto, de su poesía.

El libro comienza por el final, en una fórmula tal vez no muy original, pero sí efectiva en este caso, ya que ese final no es la muerte del poeta, sino su coronación nacional en el Teatro Colón de Bogotá en 1905, la primera que se hacía en el país, cuando se encontraba reducido a la enfermedad en su retiro de viejo de 72 años, y quizá de olvidado y sepultado en vida. El poeta a la sazón emblemático de Colombia ciñendo en su cabeza (aunque Rafael Maya, citado por Germán Espinosa, dice que el poeta prefirió sostenerla en sus manos)¹ una corona de laurel, pero de oro, aclamado por el pueblo y admirado por quienes reconocían en él a un escritor y a un intelectual incomprendido y sometido a una suerte de ostracismo:

La guerra, la pérdida de Panamá, los sinsabores de la política, la muerte de su cuñado Teodoro Valenzuela y de sus hermanos Manuel y Fidel, la soledad y la vejez van transformando a Rafael en un ser ensimismado y encerrado en sus propios asuntos. Cada vez sale menos a la calle [...] [pág. 290]

De allí en adelante, la escritora nos interna por la intrincada biografía, siguiéndole cada paso, cada movi-

miento relativo a su educación (que terminaría, a contrapelo suyo, con el título de Ingeniero Militar), cada pensamiento literario, cada participación en cargos políticos, su estadía de diecisiete años en Estados Unidos como secretario de la Legación colombiana en Nueva York, sus participaciones militares. Siguiéndole, en fin, casi en cada poema y en cada fábula que escribió.



Es notable y admirable en la autora la capacidad narrativa que sabe desplegar en esta biografía, sin miedo, consciente del entendimiento que había logrado del poeta para darnos, de tanto en tanto, cercanas aproximaciones a su pensamiento y a su intimidad.

La pesquisa tras los movimientos del autor se convierten, paulatinamente, en una especie de rastro histórico en el que el país aparece a veces en toda su dimensión, sobre todo en lo concerniente a su clase política y dirigente: provinciano, servil, hipócrita, egoísta y conservador. Aunque esto último sea barrunto del lector.

Rafael Pombo, perteneciente a una familia pudiente y de tradición histórica (su padre, Lino Pombo, había combatido al lado de Simón Bolívar), gozó de una educación formal de calidad, aunque bajo disciplinas y rumbos impuestos por su padre. De contera, en su casa hubo siempre ambiente de cultura, de li-

bros y de buen hablar. En una ciudad (Bogotá) pequeña, pobre, fría, sucia y analfabeta (“La Bogotá de 1833 ni contaba con un sistema de alcantarillado y mucha gente hacía sus necesidades en la calle”, pág. 37). Y en un país gobernado a la sazón por gramáticos y poetas que, metidos a políticos, a menudo no diferenciaron entre la fuerza, la inteligencia y la capacidad de liderazgo que requiere el poder, y el afán de popularidad granjeada por insulsos debates académicos y las envidias que tan fácilmente se suscitan entre quienes ostentan presumibles dotes de oratoria, retórica y saber enciclopédico. “Sacrificar un mundo para pulir un verso”, dijo en su momento uno de dichos inefables gramáticos y vates.

El poeta nunca se resignó a la miseria en que vivía su país y nunca miró a nadie por encima de su hombro. Por el contrario, dada la sensibilidad de que estaba dotado y su religiosidad católica heredada, le sobró solidaridad para quien la necesitara y ganas de cambiar la triste situación de sus semejantes. Luchar contra las corrientes de la indolencia, la apatía y la ignorancia, lo hicieron sufrir, quizá más de la cuenta. Todo ello lo ocupó permanentemente en asuntos ajenos a ordenar y depurar su obra, dispersa por doquier. Escribía y regalaba con frecuencia poemas de ocasión motivados por insulsos acontecimientos sociales pertenecientes a quienes le adulaban sin tregua y vivían (como aún viven) con la hipócrita pretensión de contar con un artista dadivoso y complaciente. De manera casi unánime, la crítica reconoce el desperdicio que significó prácticamente toda esa poesía de Pombo dedicada al ensalmo y al elogio gratuito en los muchos eventos sociales y políticos. Tal vez Germán Espinosa, en el ensayo ya citado, es quien no escatima virtudes en general para el verso del poeta bogotano, sin tamiz.

A su muerte, en 1912, no existía una compilación o una antología o un estudio de la obra de Rafael Pombo. Ni de su poesía ni de su prosa. Y ello

a pesar de las varias promesas de amigos y editores, de funcionarios públicos y escritores. Tampoco sus traducciones del inglés, del francés y del latín, largamente comentadas y alabadas por críticos como Menéndez y Pelayo, tuvieron en vida del poeta más trascendencia que los comentarios y los halagos de unas cartas, de unos intercambios interesantes entre escritores y, de vez en cuando, la publicación en revistas o periódicos de escasa circulación. Traducciones de innegable importancia, como las *Odas* de Horacio, para la que usó los originales en latín y la versión de fray Luis de León. “Traduciéndolos —dice la autora— conoció a Byron, Hugo, Lamartine, Bryant, Musset, Longfellow, Shakespeare, Goethe... Traduciendo conoció todos los giros de las lenguas, sus metáforas, símiles, hiperbatones, hipérbolos, transposiciones sintácticas [...]” (pág. 269).



Una biografía como ésta, de Beatriz Helena Robledo, aunque apasionada y sin duda admirativa del autor de *La hora de tinieblas*, conserva siempre un tono mesurado y, si se quiere, neutral, respecto a los itinerarios del poeta. Como dije antes, ella se vale de su propia imaginación

en ocasiones para ilustrarnos aspectos sobre todo íntimos del poeta, pero lo hace guardando gran cuidado de conservar la naturalidad que hace de su texto una suerte de biografía novelada, tal vez por aspectos como la tensión, el hilo narrativo y el lenguaje preciso, pero flexible, de todo el libro:



Nueva York le acentúa su temperamento nervioso, compulsivo a veces, obsesivo y apasionado con los temas, situaciones y personas que le interesan. Una constante ansiedad lo lleva a fumar de manera exagerada. El dolor en la boca del estómago se incrementa. Los médicos le diagnostican una úlcera, que hace crisis cada determinado tiempo. Por fortuna le prohíben el alcohol, lo que lo libra de convertirse en un borracho, pues son muchas las veces que anhela embriagarse hasta perderse, pero tiene que contentarse con prender otro cigarrillo. [pág. 115]

No nos abruma con comentarios de su peculio que pretendan formarnos una determinada idea, ni emite juicios de valor más allá de un estar de acuerdo, o no, con una determinada situación, sobre todo en momentos de dificultad de Pombo o en la explicación de alguna de sus crisis. Se vale de sus diarios, de sus cartas, de sus textos literarios y de una exhaustiva bibliografía que toca quizá todos los aspectos atinentes a Pombo. Esquemas biográficos, cronologías, gran cantidad de textos periodísticos de y sobre el poeta, historias de Bogotá, historias de arte colombiano, antologías, estudios críticos, geografías, análisis de escuelas literarias... Una obsesión

ilustrada, como pocas, demuestra aquí Beatriz Helena Robledo. Creo que no hay ninguna duda, ni tampoco ningún problema, al reconocer que este libro es un aporte definitivo para el entendimiento de la figura literaria y humana que fue Rafael Pombo. Aquí subyace, además, una visión crítica personal de la obra artística de quien es considerado por muchos el gran romántico de la poesía hispanoamericana del siglo XIX.

Gran simpatía y admiración quedan en el lector hacia Rafael Pombo después de abandonar el libro de Robledo. Acaba de dejar una vida intensa llena de creación, de logros y de frustración, pero una vida entregada con absoluta convicción a la poesía, al arte, a Dios y a su país. Llena de claroscuros en los que el amor romántico, como una cúspide que logró escalar, le deparó al final, quizá, una marcada derrota que no es tal, si bien se mira su frondosa obra y su larga existencia de dilatados romances signados por la duda entre el placer de la creación literaria y el goce de la mujer.



Aparte de todo lo anterior, es decir, del gusto que produce leer un libro como este, de las calidades de su autora y del provecho personal que pueda sacar cada lector de este gran periplo vital, queda la inquietud, creo que legítima, de formar-

se, por parte del lector, una idea y un concepto de la obra de Rafael Pombo a la luz de los tiempos que corren. Es probable que haya allí algunas sorpresas o simplemente un gran aburrimiento. ¿Dice todavía algo la estética y la sensibilidad de este poeta del siglo XIX? ¿Son perceptibles allí rupturas a su época y a la poesía de la cual bebió? Hay más preguntas, pero no aquí, que no es sitio de análisis literarios.

LUIS GERMÁN SIERRA J.

1. "Pombo, el gran romántico", en Germán Espinosa, *Ensayos completos*, 1989-2002, t. II, 1989-2002, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2002, pág. 342.

El padre, el hijo y el espíritu santo o como publicar el mismo libro con tres títulos diferentes



La inseguridad de la seguridad. Colombia 1958-2005

Francisco Leal Buitrago
Editorial Planeta, Bogotá, 2006,
288 págs.

El libro que ahora reseñamos no es original en sentido estricto, porque lo único novedoso que presenta es otro título, el cual ha sido modificado no una sino dos veces en el curso de los últimos doce años. En efecto, inicialmente el libro se denominó *El oficio de la guerra. La seguridad nacional en Colombia* (Tercer Mundo Editores-IEPRI, Bogotá, 1994) y unos años después reapareció como *La seguridad nacional a la deriva. Del Frente Nacional a la posguerra fría* (Alfaomega-Uniandes, Flacso, Sede Ecuador, Bogotá, 2002). Recientemente, por tercera vez el autor del libro ha decidido cambiarle el nombre y publicarlo como *La inseguri-*

dad de la seguridad. Colombia 1958-2005. Si se miran con detalle las tres versiones rápidamente se confirma que en lo esencial —salvo pequeñas modificaciones— es el mismo libro, puesto que la estructura fundamental de *El oficio de la guerra* se mantiene inalterable. Lo único que cambia estriba en la actualización de los respectivos periodos presidenciales transcurridos desde la publicación inicial en 1994. Así, en la edición de 2002 se incluyen dos nuevos capítulos sobre los gobiernos de Ernesto Samper y Andrés Pastrana y en la edición de 2006, con respecto a la anterior, se incluye un capítulo sobre el primer gobierno de Álvaro Uribe Vélez. Con esta lógica acumulativa por periodos presidenciales, es de presumir que cada cuatro años, Francisco Leal nos regale un "nuevo libro" (perdón, un nuevo título), una simple reedición del viejo libro de 1994. ¿Por qué no mantener el título original, diciendo, algo obvio, que es una edición actualizada y ampliada?



Valga decir que ese es un criterio de trabajo intelectual bastante singular, ya que permite que un autor aparezca como muy prolífico, cuando simplemente se limita a reeditar periódicamente el mismo libro con un título cada vez diferente. Con los procesadores de palabra, esto se facilita de maravilla y se hace sin mucho esfuerzo. Miremos en el caso de Leal Buitrago algunas de las "modificaciones" en los títulos y subtítulos de los capítulos. Al respecto, pedimos perdón por anticipado al lector por recurrir al siguiente esquema: